

nie, defendían indignados la realidad de ríos paradisiacos. «Yo he visto —escribía el obispo de Salamina al patriarca Juan de Jerusalén, las aguas sagradas del Gihón: las he visto con estos ojos que se han de comer la tierra. Son aguas que, como las del Eúfrates, se dejan beber y palpar, y que no tienen nada de espiritual».

INTERPRETACION LITERAL

Para nosotros, hombres del siglo xx, resulta un tanto deliciosa esta serena confianza del escritarista del siglo iv. Por desgracia, ningún explorador actual podría decir otro tanto: y no es que el famoso río haya sido tragado por el desierto en estos últimos tiempos: es que los últimos hallazgos de los paleontólogos y de los prehistoriadores nos hacen sospechar anacronismos extraños en esa topografía del paraíso terrenal. San Epifanio tuvo siempre como cosa inconcusa que la tierra había sido creada hacía poco más o menos cuatro mil años, y que el hombre destinado a habitarla era más reciente todavía. Cuatro mil años es poco tiempo para que las cosas sufran cambios profundos en la corteza de nuestro planeta; pero cuarenta mil, sesenta mil, cien mil, eso ya es otra cosa. Y tales son las cifras de la antigüedad del hombre sobre la tierra que, como un *mínimum*, calcula la ciencia de los nuestros. Y nos habla de cataclismos, de glaciaciones, de conmociones terráneas, en las que habrían surgido nuevos continentes y se habrían transformado los accidentes del terreno. ¿Dónde estaban entonces el Tigris y el Eúfrates? ¿Dónde estaban, sobre todo, la tierra de Kush y la ciudad de Asur, cuando los canitas no habían levantado todavía la de Enosh, que es la primera que hubo en el mundo? Podríamos decir que el redactor habría modernizado la tradición primitiva, sustituyen-

do los vocablos antiguos por otros más recientes, como haríamos hoy, poniendo Madrid por Magerit, o Sevilla por Hispalis, o Tarragona por Cesa. Pero esto no basta. ¿Cómo explicar, no solamente los nombres, sino la existencia de los dos ríos mesopotámicos en medio de los más terribles cataclismos, seguidos por la catástrofe diluviana? La memoria del hombre no civilizado podrían decirnos, es extraordinariamente tenaz. ¿Por qué no pudieron los pueblos conservar la imagen del escenario fatal, como un contraste con su miseria presente? Esto sería posible si pudiésemos aceptar la argumentación de Pascal: «Sem que vió a Samech, el cual había visto a Adán, vió también a Jacob, el cual vió a los que vieron a Moisés. Por tanto, el diluvio y la creación son verdaderos». Hoy sabemos que la humanidad es más vieja de lo que se imaginaban los antiguos exégetas, y sabemos también que el autor sagrado insertó sus genealogías en un cuadro numérico convencional y que a la cadena le faltan muchos eslabones. Por eso la dificultad subsiste. ¿Cómo pudieron conservar los hombres durante tantos milenios la topografía exacta del Edén? Dios podía, ciertamente, asegurar la transmisión, con una providencia especial. Pero, ¿es seguro que lo hizo? Aun tratándose de las verdades de la revelación primitiva, lo dudan muchos teólogos. «Una conservación ininterrumpida, dice uno de ellos, durante tanto tiempo, sin escritura, sin magisterio espiritual, es inexplicable en el orden natural». Y si Dios permitió la alteración de las verdades esenciales, podríamos preguntarnos hasta qué punto convenía que interviniese para asegurar la transmisión de unos datos de orden topográfico e hidrográfico. ¿No parece más obvio que el autor del *Génesis* se hubiera visto movido divinamente a tomar los rasgos de una descripción ideal, sea en la geografía de